

## TEMBLORES Y TERREMOTOS EN MOQUEGUA COLONIAL

*Ismael Pinto*<sup>1</sup>

### RESUMEN

Se pone en relieve los movimientos sísmicos más importantes ocurridos en Moquegua, tomados de las fuentes históricas generales como de la bibliografía secundaria que de forma general describen los terremotos acaecidos en la historia del Perú.

*Palabras claves:* Moquegua, terremotos, sismos, historia de los sismos, Colonia.

### ABSTRACT

The most important seismic movements that occurred in Moquegua are highlighted, taken from historical sources as well as from the secondary literature, which give only a general overview of earthquakes that occurred in the history of Peru.

*Keywords:* Moquegua, seismic activity, earthquakes, history of seismic activity, Colonial Period

Desde la noche de los tiempos, terremotos y temblores han remecido y sigue remeciendo las tierras moqueguanas, dejando una larga secuela de destrucción. Sin embargo, su registro histórico tan solo lo podemos compulsar después de la irrupción de las huestes españolas, que no podían hacer nada ni aceptar nada, ni siquiera los desbordes de la naturaleza, sin ser notarialmente registrados; y celestialmente atribuidos. Sin pretender ser exhaustos nos remitimos a relatar algunas de las mayores experiencias de movimientos terráqueos acaecidos en nuestra región de Moquegua.

*Ad portas* de la villa de Moquegua, teníamos y tenemos volcanes milenarios como el Ubinas y el Huaynaputina. Algo más allá, el Misti y

---

<sup>1</sup> Jefe de la Sección Cultural del diario Expreso.

el Salcantay. Y no muy lejos asoman sus perfiles el Ampato, el Coropuna y el Solimana. Es decir vivimos dentro de la llamada Cadena o Círculo de Fuego del Pacífico, y a sus malos humores debemos atenernos. Por este geográfico e ineludible sino, los terremotos no fueron ayer ni lo son hoy – ni lo serán mañana – cosa ajena a la villa de Santa Catalina de los Temblores.<sup>2</sup> Manifestaciones terribles de sus *apus* furiosos, que en algún tiempo exigieron pleitesía y sacrificios cruentos a sus atribulados comarcanos. “Alguaciles de la divina justicia para temer a Dios” califica el padre Bernabé Cobo a temblores y terremotos.<sup>3</sup> Sobre su continuidad en nuestras tierras, el erudito don José Toribio Polo anota:

En este país de clima benigno, y por lo general sano, al que la naturaleza ha prodigado sus dones, hay la plaga de los temblores, que pueden destruir en un instante el trabajo de varias generaciones, echar por tierra edificios y monumentos que representan la cultura y hacen el orgullo de los pueblos, y cambiar en miseria al opulencia, en silenciar el bullicio de la vida.<sup>4</sup>

Texto que bien pudo inspirarse en los avatares históricos y sísmicos de la villa de Moquegua. El primer gran terremoto que asoló las tierras sureñas, Moquegua y Arequipa en especial, fue el 22 de enero de 1582, a las 11:30am., que está debidamente registrado en tratados, relaciones universales, crónicas, libros de historia natural, de viajeros y descripciones del Nuevo Mundo. Sin embargo, entre sus indagaciones, no lo registra el primer historiador moqueguano, el señor abogado don Juan Antonio Montenegro y Ubaldi. Siglos después y en primera instancia, lo incorpora en su trabajo el acusioso José Toribio Polo y en segunda, el padre Víctor M. Barriga.<sup>5</sup> Ambos nos dan información precisa sobre ese histórico sismo, como igualmente sobre uno que le antecedió, que sacudió el sur en 1543, teniendo como epicentro Tarapacá. Evento que frustró el entusiasmo minero del encomendero Lucas Martínez Vegazo, ya que sepultó la “mina del sol”, que era trabajada por los naturales de la zona y que él pretendía explotar.<sup>6</sup>

---

<sup>2</sup> Nombre primigenio que fue posteriormente cambiado por el de Santa Catalina de Guadalcázar, probablemente al ser elevado Moquegua a la condición de villa en 1625.

<sup>3</sup> Cobo [1653] 1954, t. 1, libro II, cap. XX: 101.

<sup>4</sup> Polo 1899: 3.

<sup>5</sup> Barriga 1951.

<sup>6</sup> Trelles 1982.

Como una constante, los sismos y temblores en la villa de Santa Catalina de Moquegua han ido de la mano con la destrucción y la terca y empeñosa reconstrucción, una y otra vez, de su emblemática iglesia matriz. Pero vayamos por partes.

Terremotos varios son los que asolaron el sur del virreinato y, por ende, a Moquegua, Arequipa y Arica. Sin ser exhaustivos, entre otros, tenemos el ya citado del 22 de enero de 1582, que dejó en ruinas a la ciudad del Misti y también a Moquegua. En la primera se vinieron al suelo más de 300 casas y perecieron sepultadas treintaicinco personas, tal como le informó a Felipe II de este aciago suceso, el virrey Martín Henríquez.<sup>7</sup> Lamentablemente, en dicho informe no se registran los daños sucedidos en la villa de Moquegua. Pero por la intensidad del evento, obviamente no quedaron casas ni templos en pie. El sismo se repitió el 2 de julio del mismo año por la mañana. Temblor, según registra don José Toribio en su buscado trabajo, que no sólo asoló el sur, sino que también infligió daños a la ciudad de Lima. En esa ocasión y como pregonando desastres mayores, el volcán Quinistaquillas o Huaynaputina fue pródigo en arrojar tal cantidad de ceniza que afectó los valles vitivinícolas de Majes, Vitor y Moquegua.

Ante las magnitudes de las catástrofes, la administración española no dejó de establecer algunos remedios, como el que hizo el virrey Conde del Villar, sexto virrey del Perú (1585-1590), el cual dio una provisión que mandaba para la reedificación, se saquen 500 indios que se hallen dentro de las veinticinco leguas comarcanas a la ciudad de Arequipa y Moquegua. En lo que respecta a Moquegua, a don Alonso de Estrada — el misterioso poeta cantado por Cervantes y del cual nadie conoce un solo verso — de los doscientos veintiséis indios tributarios de Carumas — que pertenecían a Hernán Bueno — le fueron entregados seis para los menesteres del trabajo de reconstrucción de la Matriz.<sup>8</sup>

Los fuertes sismos originaron la inteligente disposición que se dio sobre arquitectura en esta parte del mundo. Por consejo de san Pedro de Alcántara, — quien viera una vez a Carlos V y le negara a solicitud de éste ser su confesor —, una Real Cédula ordenaba que los muros de los edificios no sobrepasaran las seis varas de altura.

---

<sup>7</sup> Barriga 1951: 43.

<sup>8</sup> Barriga 1951: 40.

Continuando con esta escalada de agresiones terráqueas –injurias del tiempo las llama mi buen amigo el historiador Lorenzo Huertas<sup>9</sup>–, en 1590, otro fuerte sismo en el Cuzco, afectó tanto a Arequipa cuanto a Moquegua y Arica. Todo lo anterior, al parecer, tan solo eran anuncios del gran terremoto que se venía y que conmovió y alarmó al virreinato peruano más allá de sus fronteras.

No obstante ser el evento más desastroso con que se inició el siglo XVII, el luctuoso terremoto de 1600 tan solo le motivó un escueto registro a don José Toribio Polo y ni siquiera una mención a Giesecke/Silgado en su trabajo *Terremotos en el Perú*.<sup>10</sup> Sí, por el contrario, tenemos una apreciable y muy completa información sobre este cruento evento en la *Monumenta Peruana* de la Societatis Iesu que registra los acontecimientos de los años 1600 a 1602.<sup>11</sup> También el ya mencionado trabajo del Padre Barriga y otros autores, como en especial la simpática monografía del estudioso omateño Roy Navarro Oviedo –versión mimeográfica que circulaba en 1989–; el trabajo de la francesa Thérèse Bouysse-Cassagne (1988); el del año 2009 del historiador Lizardo Seiner Lizárraga; y uno último del joven historiador moqueguano Pedro Pablo Peralta Casani (2017). Este último estudio es importante porque la descripción ya no se reduce al ámbito local, sino que incluye el impacto global planetario que tuvo semejante explosión volcánica y sus efectos en el clima.<sup>12</sup> Obviamente, fuera de otras muchas referencias sobre tan mentado como terrible suceso, no olvidamos, por cierto, el farragoso centón perpetrado por el barroco ingenio del presbítero misionero Buenaventura Fernández de Córdova de Peredo, más conocido y usado en las referencias a su persona y obra tan solo como Ventura Travada y Córdova [1752] 1958, que es *El suelo de Arequipa convertido en cielo*, que entre la desaforada historia de los avatares arequipeños, también da singular noticia de este espantoso terremoto.

Lo que sí nos llama la atención es que nuestro memorialista moqueguano, vale decir el siempre mencionado padre Montenegro y Ubaldi, en *Noticia de la Ciudad de Santa Catalina* de Moquegua, consigne confundida esa catástrofe entre sus muchos y miscelánicos datos, ocupando

---

<sup>9</sup> Huertas 2009 y 2014.

<sup>10</sup> Giesecke & Silgado 1981.

<sup>11</sup> Egaña & Fernández 1981.

<sup>12</sup> Peralta 2017: 49-52.

solo dos líneas de su trasegado manuscrito, no obstante haber conllevado dicho sismo a la destrucción de la ciudad, como a su descalabro económico, ya que afectó seriamente y por un buen tiempo a la agricultura, por la ingente lluvia de ceniza que cubrió sus campos, como también atentó contra el perfil arquitectónico de la ciudad, ya que la casi totalidad de sus casas fueron destruidas.

El violento y aterrador terremoto de 1600, que fue la reventazón del Huaynaputina, tuvo sus prolegómenos con un fuerte temblor el 14 de febrero, al cual siguieron varios y otro de mayor intensidad el día 18, en plena semana de cuaresma, después de las mundanas, pecadoras y paganas fiestas de carnestolendas, en que, como anota Bajtin en su *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, el mundo se ponía al revés.<sup>13</sup> Por tal motivo e inequívocas manifestaciones de la naturaleza, los aterrorizados moqueguanos consideraron que el cataclismo no era otra cosa que la manifestación de la ira divina y el justo castigo por los excesos cometidos.<sup>14</sup> Pero no hubo llantos de arrepentimiento, ni plegarias, ni promesas que calmaran el enojo del buen Dios, ya que el movimiento del 19 de febrero, a las 5:00pm sembró luto y más terror en Arequipa, Moquegua y Arica. Anota minucioso don José Toribio Polo que se repitieron los temblores hasta el 20 de febrero “en que hubo uno mayor que todos”, y agrega que se contaron hasta 200. Se apunta, que los “rugidos del volcán se oyeron a 150 leguas”, – 750 km a distancia.<sup>15</sup>

Guaman Poma de Ayala en su *Nueva Corónica y Buen Gobierno* atribuye a castigo divino a

cómo rreuentó el bolcán [–el Huaynaputina–] y sallió fuego y se asomó los malos espíritus y salió una llamarada y humo de senisa y arena y cubrió toda la ciudad [Arequipa] y su comarca adonde se murieron mucha gente y se perdió todas las uñas y agiales y sementeras.

Esuricrió treynta días y treynta noches. [...] Con la senisa y pistencial de ella se murieron bestias y ganados.<sup>16</sup>

---

<sup>13</sup> Bajtin 2003: 121-122.

<sup>14</sup> Ver Bouysse-Cassagne (1988: 157 y siguientes) para una comprensión de las reacciones de la comunidad española y sus creencias católicas asociadas, así como Lavallé 2012. Véase también Peralta 2017: 45.

<sup>15</sup> Polo 1899: 6-7; Peralta 2017: 50. Se escuchó en Lima, La Paz y hasta Tucumán.

<sup>16</sup> Guaman Poma [1614] 1936: 1054.

Vivo testimonio del apocalíptico acontecimiento que se puede extender a la parte de Moquegua y a sus atribulados moradores que consideraban que el Juicio Final había llegado. A mayor abundamiento de este sobrecogedor suceso tenemos el impactante relato presencial, como se diría hoy, del asustado viajero Simón Pérez de Torres, quien prolijamente memorioso nos dejó un estremecedor relato del espantoso suceso. Recuerda y anota Pérez de Torres:

De arequipa me fui á Moquegua, ciudad de españoles, ai treinta leguas. Sucedió un caso de admiracion en medio de Arequipa i Moquegua, un sábadó primero de quaresma, á siete de febrero de 1599 [sic]. A cosa de las cinco de la tarde empezó á oirse tanta cantidad de tiros muy á menudo que parecian piezas de artillería; esto duró hasta el lunes a medio día, sin poder saber que seria quando empezó una obscuridad i unos truenos tan secos que no se como significallo; parecia que el mundo se venia abajo, tanto que entendimos todos era el Juicio [Final]; veíamos que no llovía i en un instante se bolvia noche, que no veíamos unos á otros, sino era con luz (para decir eso era menester otra lengua que la mia); andabamos como sin juicio por las calles, las iglesias abiertas; las mugeres daban gritos, que los ponian en el cielo; las calles llenas de niños y mugeres; el Santísimo Sacramento descubierto i nosotros atónitos de ver llover ceniza en tanta cantidad que parecia agua; tomarla en la mano i cerrarla se salia por entre los dedos, corría como arroyos de agua.

Estuvimos con esta confusion hasta el martes que vino el clérigo del valle donde havia sucedido.<sup>17</sup> Entró en la ciudad con dos sobrinas i ochenta indias del pueblo; venían asidas unas á otras como en procesion, esto nos dio mas miedo hasta que supimos que era un volcan que se abrió media legua de su pueblo i havia assolado todo aquello a la redonda i él se escapó así como vio salir aquellas bolas de fuego de la Tierra que eran las que parecian piezas de artilleria. Decia que hechaba de sí la tierra aquellas bombas de fuego, que cada vez que se abria la tierra hechaba aquello i hacia aquel estruendo. El remedio que tomaron los indios fue decir que en tiempo antiguo solian ofrecer en una boca que estaba en la cuesta, en lo alto de ella, i le hechaban dentro cada año diez ó doce doncellas vivas; que despues que vinieron los españoles no lo habían hecho i por eso se había enojado el zopay, que así llaman á el diablo; lo que tomaron por remedio fue echar ochenta personas vivas dentro para desenjar

---

<sup>17</sup> Según Peralta (2017: 46), debe de haber sido el cura de Quinistacas, por ser el pueblo más próximo.

á su idolo, los que las hecharon i no quisieron seguir á el clérigo, todos perecieron.

[...] Esta venida del clérigo nos consoló mucho, porque nosotros entendimos que se acababa el mundo; andabamos siempre por las iglesias en procesion desde el lunes hasta el miercoles, no supimos si havia día. El miércoles á las quatro por la tarde abrió un poco el día, no para ver el sol; ni por esas dejaba de llover ceniza i luego se bolvio a cerrar la noche hasta el viernes á las nueve que vimos á el sol tan obscuro que daba espanto el mirarle i siempre llovía ceniza; i la llovió quince días arreo de la que hechaba el volcán, que la que estaba afuera más de dos años duró, que los vientos la traian que parecia la llovía siempre, dimos muchas gracias a Dios que nos castiga de esta manera. Hechó á perder en el valle de Vitoi (Vitor) i el de Ziguas (Siguas), i en esta ciudad [Moquegua] grande cantidad de viñas, derribó muchas bodegas de vino i la enterró [...]<sup>18</sup>

Aunque el testimonio de Pérez de Torres nos da un panorama de lo que tuvieron que soportar los pobladores del sur del Perú, en especial los de la villa de Moquega, a pesar de lo equívoco en la fecha que da Pérez de Torres: el año 1599 por el de 1600, existen muchas otras descripciones, que han sido sumarizadas por Bouysse-Cassagne para dar un relato cronológico y detallado de la secuencia eruptiva del Huaynaputina en 1600.<sup>19</sup> La autora también nos refiere cuáles fueron las creencias indígenas con respecto a los volcanes y sus erupciones.<sup>20</sup>

Todos los memorialistas, geógrafos y estudiosos coinciden sin controversia alguna en el año 1600, como el de la reventazón del Huaynaputina como, entre otros, lo registra el incuestionable informe del jesuita anónimo, en cuyo informe se señala que: "Se encuentra este doc. bajo el epígrafe general: «†Relación de un successo prodixioso que acaeció en el Pirú este año de 1600 desde el 19 de Febrero asta entrado el mes de Março".<sup>21</sup> Si bien el material es valioso para este terrible evento, el informante considera que el epicentro del fenómeno ha sido Arequipa y a ella dedica su afán.

---

<sup>18</sup> Pérez de Torres 1876: 172-173.

<sup>19</sup> Bouysse-Cassagne 1988: 145-153.

<sup>20</sup> Bouysse-Cassagne 1988: 171 y siguientes.

<sup>21</sup> Egaña & Fernández 1981: 6.

En un acápite y al referirse a los daños generales producidos por el terremoto, registra *in situ* que el:

Sábado siguiente a amanecido claro, pero sin sol. Ase estendido esta arena y ceniza por toda la tierra más de quarenta y cinco leguas en contorno, ténese de que aviendo corrido asta el Collao como hazia Moquegua y Poracá [¿Torata?], se destruyeran las estancias y perezcan los ganados y esta ciudad no savemos en qué parará; no parece asta ahora que esto quema las mieses, como lo suele hazer semejante llubia, aunque lo caído y derribado es mucho; en los árboles a quedado muy poco o ningún fructo.<sup>22</sup>

La consternación de esa catástrofe fue tanta que la reventazón del Huaynaputina “para admiración del mundo y espanto de los pecadores” — como lo magnificó el Padre Calancha en su *Corónica moralizada* — repercutió hasta en la poesía, en la buena poesía colonial. Tenemos que en la *Segunda Parte del Parnaso Antártico*, de la autoría de don Diego Mexia de Fernangil — sevillano y buhonero, según LAS; y sospechoso, según Ventura García Calderón, de ser el bromista que bajo el seudónimo de Clarinda escribió el hasta ahora discutido *Discurso en Loor de la Poesía* — lo incluye entre los diversos y notables acontecimientos que se dieron en su tiempo y durante su permanencia en el Perú.

Lo referido al Huaynaputina u Omate<sup>23</sup> está en la égloga intitulada “Al dios Pan en loor del Santísimo Sacramento de la Eucaristía dirigida a D. Diego de Portugal del Consejo del Rey, nuestro señor y Presidente de la Real Audiencia de Charcas”.<sup>24</sup> “Precede a la Égloga una larga epístola dedicatoria — anota el P. Rubén Vargas Ugarte S.J. — toda ella se refiere a sucesos ocurridos en el Perú de entonces, y puede decirse que tiene visos de leyenda histórica”.

El mas sublime alcaçar humillose,  
i la casa mas fuerte, i encumbrada  
al disponer del cielo sujetose.

La gente vio la asienda sepultada,  
i por el suelo quanto la autoriza  
i quedo con temor mas no emmendada

<sup>22</sup> Egaña & Fernández 1981: 15-16.

<sup>23</sup> Según Bouysse-Cassagne (1988: 144), el Huaynaputina también es llamado Omate o Chilque Omate.

<sup>24</sup> Vargas Ugarte 1935: 84-85.

Paró en aquesto? No. Que la ceniza  
de Omate con diluvio prodigioso  
la anubla, asombra, abraza y cauteriza.

La reventazón también conllevó perjuicio administrativo, ya que

Con la erupción del volcán de su anexo Quinistaquillas se arruinó esta doctrina... Después de 191 años, en el 1792 se volvió a erigir esta doctrina por el I. Sr. D. Pedro Josef Chávez de la Rosa y han quedado tres pueblecitos que le sirven de anexos y que son Coalaque y Quinistacas en la misma quebrada, con Quinistaquillas en la Cordillera. Tiene 331 pesos de asignación de sínodo y se han descubierto algunas vetas de plata en el cerro Uliocán.<sup>25</sup>

Los maltrechos y aún aterrados moqueguanos de los pueblos de San Sebastián de Escapagua y de Señora Santa Catalina recién estaban saliendo y reponiéndose del sismo del 600, cuando la tierra volvió a estremecerse, con un duración de 8 m., el 23 de noviembre de 1604,<sup>26</sup> asolando nuevamente Arequipa, Arica y en Moquegua ambos pueblos de Santa Catalina y de San Sebastián de Escapagua. Su icónica iglesia matriz, que estaba aún restañando sus heridas, terminó una vez más por los suelos, al igual que la iglesia ubicada en el Alto de la Villa. Fue el poeta-chacarero, don Alonso de Estrada —loado por Cervantes en la Galatea por unos misteriosos versos que hasta la fecha nadie ha encontrado ni leído—, que era mayordomo ecónomo de la Matriz, el que se afanó en reedificarla. Y el Almirante don Juan de Olea y Medina, por su parte, hizo lo mismo con la de San Sabastián.

El susodicho evento terráqueo trascendió el ámbito local y nacional. Como anota Raúl Porras al referirse al P. Bernabé Cobo S.J., la crónica local particularista del siglo XVII adquiere con él dimensión universal. Así, en lo que se refiere a los estragos de la naturaleza, el jesuita informa al mundo que “la tierra más molestada de terremotos de toda la América son los Llanos y costas deste reino del Perú [...]”. Y entre las tormentas serranas y los temblores costeros y del llano, el buen jesuita se inclina por los segundos, ya que se “halla remedio saliéndose la gente a lugares descubiertos y apartados de cerros y edificios, y para la

---

<sup>25</sup> Barriga 1951: 130-131.

<sup>26</sup> Polo 1899: 8.

tormenta de rayos no hay lugar seguro en poblado ni fuera de él [...]”.<sup>27</sup> En cuanto a la catástrofe del año 1604, en lo que nos toca a la villa de Santa Catalina, informa:

En el valle de Moquegua hizo el temblor no menor daño que en Arequipa; cayéronse muchas bodegas de vino con quiebra de las vasijas que tenían; abrióse la tierra por muchas partes y corrieron arroyos de agua negra y de mal olor en tanta cantidad, que hicieron ir de avenida el río; y acabado el temblor se secaron, aunque en algunas partes quedaron manantiales. Asoláronse los pueblos de Toratas [Torata], Carumas, Tumulacas [Tumilaca], y Ubinas.<sup>28</sup>

Para completar el desastroso panorama que dejó el movimiento sísmico en nuestra región, el P. Cobo registra igualmente que:

En el valle y puerto de Ilo salió la mar casi media legua el valle arriba; arrancó muchas higueras antiguas, ahogáronse once indios y hizo pedazos una fragata de más de dos mil arrobas de porte, que estaba en el astillero casi acabada.<sup>29</sup>

No hay más sobre este sismo. No sabemos si con fecha cambiada o una alterada, o si se trata de un nuevo evento, nuestro memorialista, el padre Montenegro y Ubaldi registra en su miscelánico documento que: “En 1601 reventó el volcán de San Lino de Omate, por cuya causa y haber tapado sus cenizas su iglesia y pueblos, se vinieron mucha parte de indios a vecindarse en Moquegua”.<sup>30</sup> Montenegro nos sorprende anotando que “el sitio que ocupaba la iglesia antes del terremoto de 1604 se vendió y se hizo en otra parte, por D. Alonso de Estrada, su mayordomo y ecónomo, que es la que hoy existe.”<sup>31</sup>

Si queremos seguir con este ir y venir de fechas y terremotos, podemos mencionar, sin agotar el tema, igualmente otros de nefastas consecuencias para la villa de Moquegua, como a sus aledaños, tal del terremoto del 16 de setiembre de 1615, que maltrató a Moquegua y casi devastó Arica. Y el de 1650, otro que, para variar, castigó duramente el sur del Perú.

---

<sup>27</sup> Cobo [1653] 1954, t. 1, libro II, cap. XX: 101.

<sup>28</sup> Cobo [1653] 1954, t. 1, libro II, cap. XX: 104.

<sup>29</sup> Cobo [1653] 1954, t. 1, libro II, cap. XXI: 105.

<sup>30</sup> Montenegro y Ubaldi [1840] 1906: 264.

<sup>31</sup> Montenegro y Ubaldi [1840] 1906: 262.

Continuando con la relación de esta serie de catastróficos sismos con información del doctor Montenegro, incluimos el sucedido el 20 de octubre de 1687, en el que “nuevamente se arruinó la iglesia y su mayordomo, Capitán D. Pedro Antonio de Salcedo y su Cura Dor. D. Antonio Coronel Cáceres, trabajan en su reedificación”.<sup>32</sup>

El 22 de agosto de 1715 –el doctor Montenegro nos da a conocer– hubo otro terremoto muy grande. Entre las 9 y 10 de la noche, según la información acopiada por el P. Barriga y según Polo, a las 7 de la noche, se destruyó nuevamente la Matriz. Un buen cristiano con bolsa pródiga, el capitán don Pedro de Alcázar y Padilla que era su ecónomo-mayordomo la reedificó a su costa. Según información recogida por Polo, el sismo fue el día 22, a las siete de la noche, y se sintió un violento temblor en Arequipa, y que fue formidable en Moquegua. Y siguiendo con esta secuela sísmica, tenemos que “el 6 de febrero de 1716 un fuerte temblor en Lima que ... arruinó el pueblo de Torata [sic]”, si nos atenemos a la información de Polo.

Para variar el 8 de enero de 1725, un nuevo evento terráqueo resintió las villas de Arequipa, Arica y Moquegua: “un espantoso terremoto que generalmente ha dejado a todos los vivientes fuera de sí y en un llanto lamentable...”, según registra notarialmente don Pedro de Silva, escribano público y de cabildo.<sup>33</sup> Los daños, también para variar, fueron cuantiosos.

Dentro de esta inacabable cadena de eventos sísmicos – mayo y octubre parecen meses propicios como los días 13 para que se estremezca la tierra– nuestro memorialista extrae de sus indagaciones que “En Mayo 13 de 1782, hubo un fuerte terremoto, a las seis de la mañana, con el que se arruinó la Iglesia Matriz y demás de la población y sus casas y haciendas”. Agrega que “Se hallaba a la sazón – en Moquegua – en su santa visita el Ilmo. Sor. Dor. D. Fr. Miguel González Pamplona, XIX Obispo de Arequipa”.<sup>34</sup>

En esta oportunidad, el susodicho terremoto dio lugar a un simpático juego de equívocos que luego se corrigió. El primero es que el doctor Montenegro registró mal la fecha. El evento ocurrió el 13 de mayo de

---

<sup>32</sup> Montenegro y Ubaldi [1840] 1906: 258. Polo 1899: 14.

<sup>33</sup> Barriga 1951: 285 y siguientes.

<sup>34</sup> Montenegro y Ubaldi [1840] 1906.

1784, a las siete y media de la mañana; fecha comprobada por la carta — y otras — que el cabildo de Arequipa envió al virrey Teodoro de la Croix, fechada el 14 de mayo.<sup>35</sup> El segundo yerro, ya más grave, fue que indicó que el 30 de junio de 1782, el monseñor González Pamplona estaba siendo consagrado obispo en Rio de Janeiro, haciendo su ingreso oficial a la cabeza de su diócesis el día 22 de febrero de 1783, así que mal pudo estar en Moquegua en 1782. Y, finalmente, una equivocación sospechosa por parte del magistrado characato aficionado a dragonear en los predios de la historia, el doctor don Mariano Ambrosio Cateriano (Arequipa 1829-1915), pone predicando en el púlpito de la catedral mistiana al ilustre prelado, en la misma fecha y hora en que estaba consolando a los compungidos moqueguanos. Ese hecho, tampoco podía darse, ya que en la Blanca Ciudad no quedaba púlpito alguno en pie.<sup>36</sup>

Para complicar más las fechas, Mendiburu en su *Diccionario* asegura que el terremoto ocurrió el 15 de mayo, y que el Monseñor Pamplona, hallándose en Moquegua, “hizo penitencia pública con cilicios, una soga al cuello y una cruz en sus hombros”.<sup>37</sup> A mayor información, el arcediano doctor Santiago Martínez escribe en su útil monografía sobre los prelados mistianos que

El Yltmo. Señor Pamplona, que jamás dejó su hábito capuchino,... Hallábase en Moquegua haciendo la visita pastoral, fue humilde, penitente, fervoroso, cual le vieron los habitantes de Arequipa en aquella calamidad (terremoto) de 13 de mayo de 1784. Hallándose en Moquegua, haciendo visita pastoral, emprende viaje a esta Ciudad, ordena una procesión de penitencia, y descalzo, cargado de cilicios, con una corona de espinas en la cabeza, una soga al cuello, exhortando a la penitencia para aplacar la justicia de Dios indignada por los pecados de los hombres.<sup>38</sup>

---

<sup>35</sup> Esta carta dio pie a que por medio de carta del 5 de junio, el virrey lo comunicara al Secretario de Indias, José Gálvez. Y posteriormente, el 16 de julio, se elevó un informe detallado de los daños causados, basado en la relación recogida de cada uno de los alcaldes de la región (Peralta 2017: 93). Para Peralta, estos fueron los primeros esfuerzos de la administración española de tener no sólo informe detallado de los daños, sino de entender los terremotos.

<sup>36</sup> Cateriano 1908.

<sup>37</sup> Mendiburu 1934, t. 8: 324.

<sup>38</sup> Martínez 1933, cit. en Barriga 1951: 310-320.

Veamos ahora un dato que clarifica meridianamente lo anterior. En la relación del terremoto del 13 de mayo de 1784, que hace el extraordinario cura de Cayma que fue Juan Domingo Zamácola, testigo inobjetable, anota en su puntal relación de los temblores mayores y menores que se sucedieron después del evento principal:

Día 31 de Mayo. [...] Hoy hubo carta con fecha 29, escrita por el Illmo. señor doctor don fray Miguel Pamplona (que Dios lo guarde) de la villa de Moquegua, donde se halla, por la que dá puntual razon de haber sido el estrago del terremoto del día 13 de Mayo, igual con el de esta ciudad. Se dice que en Ilo se retiró el mar mas de 12 horas y que no salió de su límite. En Moquegua se arruinaron muchas casas y bodegas, de allí para arriba se cuentan tantas cosas que casi son increíbles, y se necesita de otra prueba para expresarlas. Hablando de Moquegua, dice el Illmo. señor que habiendo padecido total ruina los edificios y casas también lo experimentó la Iglesia Matriz y demás Iglesias, siendo preciso sacarse el Señor sacramentado á la plaza, y allí se celebrasen los oficios divino, y la gente morase en la calles y plazas. De órden de dicho señor Illmo. se intimó hiciesen tres días de riguroso ayuno, y en cada uno de ellos una procesión de sangre: dicho señor se esmeró en ella, lo que edificó mucho á los habitantes de la villa. Sólo la Iglesia de los expatriados jesuitas quedó sin detrimento y está mandado sirviese de viceparroquia, y que allí se colocasen las reliquias é imágenes que se habian sacado de las iglesias: asi mismo afirma dicho Illmo. señor, que habiendose hallado á la sazón la imagen de Ntra. Sra de Pampacolca, se experimentó haber sido la que protegió á aquella villa, para que no padeciese mayor estrago, y por lo que todos los fieles se entregaron devotamente á su sacrosanta imagen y le rindieron las gracias por la merced reconocida, quedando esta imagen en un altar, que le acomodaron en la plaza de dicha villa.<sup>39</sup>

Para una mayor precisión tenemos que el corregidor de nuestra villa, don Juan José de Santa Cruz, volviendo a los un tanta errada información montenegrina, consigna que “con el gran terremoto de Mayo 13 de 1782 cayó en tierra nuestra Iglesia matriz, y se acabó su reedificación en 1792.”<sup>40</sup>

---

<sup>39</sup> Zamácola 1889: 30-31.

<sup>40</sup> Montenegro y Ubaldi [1840] 1906.

Ya sin mayores comentarios, lo cierto es que el terremoto que remeció y conmocionó a Moquegua y a los moqueguanos, y trajo por los suelos la arquitectura urbana y rural de la Villa fue, ni antes ni después, sino el día 13 de mayo de 1784. Y, lo que también es cierto y certificado es que la tierra siguió temblando intermitentemente, con mayor o menor intensidad y con alarmantes ruidos subterráneos incluidos, hasta el mes de diciembre de ese año de gracia de 1784, en que amainaron,<sup>41</sup> hasta nuevos y catastróficos performances. Es por ello que el joven historiador Peralta <sup>42</sup> concluye que, “Finalmente, el terremoto de 1784 terminó convirtiéndose en el sismo más importante del siglo XVIII en el sur peruano”.

Este sismo enfrentó agriamente al gobernador de la Villa de Moquegua con el purpurado mistiano. Al parecer había una buena dotación de dineros para la reconstrucción de la ciudad que ambos querían disponer y gerenciar. El pleito fue mayúsculo, tanto que se tuvo que recurrir a Lima. De allí que se dieran distintos informes sobre el sismo, uno debido al gobernador coronel del Real Ejército, don Baltasar de Senmenat y el otro realizado por el señor obispo Fray Miguel de Pamplona, el 31 de mayo de 1784. Este último es el que nos interesa. Anota el monseñor, excepcional testigo *in situ* que:

Moquegua. Villa de la Diócesis, las más opulenta del obispado después de Arequipa, sufrió intensamente con el sismo y se registraron los siguientes daños:

-Iglesia Matris: cayó la mitad de la torre y cuerpo del templo con graves daños.

-Hospicio: antiguo colegio de jesuitas; sufrió averías la torre del templo; en el colegio se vinieron abajo el anterefectorio; las celdas y aposentos quedaron estropeados.

-Iglesia de dominicos y betlemitas: inservibles.

-Casa del Corregidor: era de cal y canto, pero se vino al suelo, así como la mitad de las casas de la villa y su valle comarcano, todas ellas en estado irreparable; otra cuarta parte se podía arreglar, y las

---

<sup>41</sup> Zamácola 1889.

<sup>42</sup> Peralta 2017: 96.

restantes estaban habitables, si bien en todo ese desastre no hubo víctimas que lamentar, como en Arequipa.<sup>43</sup>

El sismo obligó a que se tomaran medidas de urgencia, tal las que tomó el doctor don Pedro del Quadro, a la sazón Mayordomo Ecónomo de la Iglesia Matriz, quien hizo entrega al Mayordomo Doctor don Pedro Lauriano de Arguedas 4000 pesos que don Pedro Antonio de Arguedas había dejado a la Cofradía de Nuestro Amo y Señor Sacramentado en julio del año 1772, “en auxilio de la reconstrucción de la Iglesia Matris, con el visto bueno de Fray Miguel de Pamplona, que en esas circunstancias se encontraba en Moquegua”.<sup>44</sup>

Y una acotación final que extraemos de uno de los vademécums del doctor Montenegro, que en esta oportunidad fue más expansivo en su información:

Terremoto grande.

Lo hubo en Moquegua el jueves a las seis de la mañana a Mayo 13 de 1784, se cayó en todo la Yglesia Matris; se colocó a Nuestro Amo en la Yglesia de San Francisco, Colegio que fue de la extinguida Compañía de Jesús de esta Villa: y de allí salía el sagrado viático para los enfermos de orden del Ilmo. Sor. Dor. Dn. Fr. Miguel de Pamplona, religiosos Capuchino, Exmo. Obispo de Arequipa que se halló de Santa visita en esta villa.

Se hizo una espaciosa capilla frente a la carsel en la Plasa, al lado de arriba de la pila o fuente pública. Allí asían los curas [la misa] que lo eran el Dor. Dn. Clemente Antonio Galdos de Arellano, Vicario Foráneo; y el Dr. Dn. Mariano Abril y Holazabal, este Arequipeño = aquel ilabayeño: fueron los primeros dos curas creados en 1777, pr. El Ilmo. Sor. Dor. Dn. Manuel Abad y Llama. Este 2º C con el titulo de Cura de la Rinconada de este Valle = Yo alcance [—informa el doctor Montenegro—] dha. Capilla en la Plasa = esta Yglesia Nueva se estreno en Septbre. del 792, estando en su Santa Visita en esta Villa el Ilmo. Sor. Dor. Dn. Jose Chaves de la Rosa, Galvan y Amado: quien reconoció a la Mitra en 1806, y se fue a España en dho. año.<sup>45</sup>

Y hasta aquí los terremotos y sobre todo los innúmeros temblores que, de una u otra manera, fueron parte del mundo que conllevaron los

---

<sup>43</sup> Bernales 1972: 313-314.

<sup>44</sup> Bernales 1972.

<sup>45</sup> Montenegro, Ms. Tomo IV, f. 3v.

moqueguanos de los siglos XVI, XVII y XVIII. Sin exceder el tiempo, anotamos que en el agitado año del Señor de 1798, se empezó a reedificar, una vez más, la iglesia de Santo Domingo de esta ciudad y se acabó en el año de 1828. La terquedad y la fe de los moqueguanos viejos sobrepasaba la furia destructora de la naturaleza.

Y en el siglo XIX, la Matriz y el convento de San Francisco nunca se repusieron de la dura agresión terráquea del 13 de agosto de 1868. De la Matriz tan solo quedó el muro frontero, testimonio de su pasado esplendor, y del convento de los franciscanos quedan las transformadas instalaciones de lo que fue el emblemático Colegio Nacional de La Libertad. Cabe resaltar que de aquí en adelante se cuenta ya con imágenes de archivo.<sup>46</sup>

A la anterior agresión natural y según decir de Lorenzo Huertas, se vino a unir la planificada agresión bélica de 1879.<sup>47</sup> Las tropas chilenas con proyectado salvajismo “civilizador” arrasaron los campos de vides y destruyeron las bodegas y su utilería.<sup>48</sup> El pueblo dormiría su desgracia por muchos años. No obstante, esperó con paciencia y resignación que llegara su mejor momento. Como lo está viviendo ahora.

Finalmente, debemos acotar que en una suerte de esquizofrenia intelectual que afecta a algunos estudiosos, se han publicado algunos trabajos que enjuician y cuestionan, — basándose en categorías e información científica actuales — la manera y forma de pensar de una sociedad cuyo sustento intelectual y espiritual era la religión católica. Se olvidaban que esas manifestaciones terribles de la naturaleza se sentían y aceptaban con cierta humilde resignación, ya que eran consideradas castigos y correctivos divinos para enmendar almas pecadoras. No obstante aquella crítica mostrenca, por extraña paradójica, vemos y sabemos hoy que el último refugio en una agresión de la naturaleza de este tipo, sigue siendo ineluctablemente el buen Dios y las dinastías celestiales. Y no la ciencia.

---

<sup>46</sup> Seiner 2009: 42.

<sup>47</sup> Consúltese Huertas 2011.

<sup>48</sup> Consúltese sobre la historia de la producción vitícola, que era emblemática en la época colonial en Moquegua: Huertas 2011, Peralta 2017, Rice 2010 y 2012.

**Bibliografía**

- Bajtín, Mijail. 2003. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. 3ª reimpresión. Madrid: Alianza Editorial.
- Barriga, Fray Víctor. 1951. *Los terremotos en Arequipa 1582-1868: documentos de los archivos de Arequipa y de Sevilla*. (Biblioteca Arequipa, t. 7). Arequipa: La Colmena S.A.
- Bernales Ballesteros, Jorge. 1972. "Informes en el Archivo de Indias de los daños sufridos en la Ciudad de Arequipa con el terremoto de 1784". *Anuario de Estudios Americanos* 29: 295-314.
- Bouysson-Cassagne, Thérèse. 1988. *Lluvias y Cenizas. Dos Pachacuti en la historia*. La Paz: Hisbol.
- Cateriano, Mariano Ambrosio. 1908. *Memorias de los ilustrísimos señores obispos de Arequipa*. Arequipa: Tip. Quiroz.
- Cobo, Bernabé. 1964 [1653]. *Historia del Nuevo Mundo*, 2t. (Biblioteca de Autores Españoles, 91, 92). Madrid: Ediciones Atlas.
- Egaña, Antonio de & Enrique Fernández. 1981. *Monumenta Peruana*, tomo VII, (1600-1602). Roma: APUD Institutum Historicum Societatis Iesu.
- Guaman Poma de Ayala, Felipe. 1936 [1614]. *Nueva Coronica y Buen Gobierno*. (Travaux et Mémoires de l'Institut d'Ethnologie). Paris.
- Giesecke, Alberto & Enrique Silgado. 1981. *Terremotos en el Perú*. Lima: Ediciones Rikchay.
- Huertas, Lorenzo. 2009. *Las injurias del tiempo. Desastres naturales en la historia del Perú*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- .—2011. *Cronología de la producción del vino y del pisco*. Lima: Editorial Universitaria.
- .—2014. "Cambio climático y las injurias del tiempo". *Revista Histórica* [Lima] 47: 333-352.
- Lavallé, Bernard. 2012. *Miedos terrenales, angustias escatológicas y pánicos en Arequipa a comienzos del siglo XVII*. Arequipa: Gobierno Regional de Arequipa/Cuzzi y Cía.
- Martínez Cornejo, Santiago. 1933. *La diócesis de Arequipa y sus obispos*. Arequipa: Tip. Cuadros.
- Mendiburu, Manuel de. 1934. *Diccionario histórico biográfico del Perú*. Segunda edición con adiciones y notas bibliográficas publicadas por Evaristo San Cristóval. Lima: Lib. e Imp. Gil.

- Montenegro y Ubaldi, Juan Antonio. [1840] 1906. "Noticia de la ciudad de Santa Catalina de Guadalcázar de Moquegua". *Revista Histórica* [Lima] 1: 70-109, 255- 268, 321-336. [Existe versión moderna de 1992. *Noticia de la Ciudad de Santa Catalina de Guadalcázar de Moquegua*. Moquegua: Edición de Gustavo Valcárcel Salas]
- Navarro Oviedo, Roy. 1989. "La explosión del Huaynaputina". Quinistacas. Ms inédito mimeografiado de julio de 1989.
- Peralta Casani, Pedro Pablo. 2017. "Los efectos de los desastres naturales en la producción vitivinícola de Moquegua y Arequipa (1600-1868)". Tesis para optar el Título Profesional de Licenciado en Historia. Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa. Facultad de Ciencias Histórico-Sociales. Arequipa.
- Pérez de Torres, Simón. [¿1600?] 1965. "Discurso de mi viaje, dando muchas gracias a Dios por las mercedes que él me ha hecho a mí". En Raimondi, Antonio, *El Perú*, tomo II, libro primero, cap. XIV, pp. 172-173. Lima: Universidad Nacional de Ingeniería, [1876].
- Polo, José Toribio. 1899. *Sinopsis de temblores y volcanes del Perú, siglos XVI-XIX*. Lima: Librería e Imprenta de San Pedro.
- Rice, Prudence. 2010. "La industria vitivinícola colonial de Moquegua, Perú". *Estudios Avanzados* (14), 29-62.
- .— 2012. *Vintage Moquegua: history, wine, and archaeology on a colonial peruvian periphery*. Austin: University of Texas Press.
- Seiner Lizárraga, Lizardo. 2009. *Historia de los sismos en el Perú. Catálogo siglos XV-XVII*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.
- Travada y Córdova, Ventura. [1752] 1958. *El suelo de Arequipa convertido en cielo*. Lima: Mejía Baca.
- Trelles Aréstegui, Efraín. 1982. *Lucas Martínez Vegazo: funcionamiento de una encomienda peruana inicial*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo Editorial.
- Vargas Ugarte, Rubén. 1935. *Biblioteca Peruana*. Tomo I: *Manuscritos peruanos en las bibliotecas del extranjero*. Lima: Tall. Tip. de la Empresa Periodística La Prensa.
- Zamácola y Jáuregui, Juan Domingo. 1889. *Relación puntual y verídica de los estragos que causó en la muy noble y leal ciudad de Arequipa, el espantoso terremoto acaecido el día 13 de mayo de 1784, à que se agregan otras noticias*. Arequipa: Imp. de "La Bolsa"